



HISTORIA

¿Quién fue Lucía Palladi, Marquesa de Bedmar?

José Esteban

Los que visitan, admirados, la sin par tumba del llamado Doncel en la Catedral de Sigüenza, no paran mientes en una humilde losa, que es necesario pisar para contemplar la capilla de los Arce en todo su esplendor. Es lo cierto que a la entrada de la famosa cripta, una humilde losa en el suelo reza así: "Aquí yace Lucía Palladi, marquesa de Bedmar". ¿Quién fue este misterioso personaje que vino a ocupar, más que mediado el



siglo XIX, la misma capilla donde yace el famoso Doncel?

Durante años, en Sigüenza, nadie supo darme razón. Más adelante, ya en Madrid, leyendo una vida de don Juan Valera, me encontré con el enigmático nombre que me había perseguido durante años. Tomé unos breves apuntes así como una poesía dedicada a tan enigmática dama por el vate cordobés, que durmieron el sueño de los justos, en una ficha de mi desordenado archivo. Pero nunca olvidé mi promesa de escribir y descubrir a tan ilustre dama. Y hoy, a los cuarenta o treinta y tantos años del descubrimiento es cuando me propongo dejar razón de su apasionante vida y el por qué de su enterramiento entre nosotros.

Vayamos por partes.

El año 1847, el joven Juan Valera y Alcalá Galiano aceptó el nombramiento de agregado sin sueldo en la Embajada de Nápoles, a la sazón regentada nada menos que por el Duque de Rivas.

La temporada napolitana de Valera, en plena etapa formativa es de singular importancia debido a lo que ve, a lo que hace y, sobre todo, a la gente que conoce. Se encuentra allí con

las más sugestivas muestras de la civilización greco-latina y se entrega de lleno al estudio del griego. Pero no es sólo el humanismo lo que le lleva a esta empresa. Existe un motivo personal y humano en todo esto: el joven Valera se ha enamorado de Lucía Palladi, marquesa de Bedmar, ("la dama Griega" de algunas de sus cartas; "La Muerta" como la apodaba el Duque de Rivas, por su palidez enfermiza), quien lo incita a estudiar este viejo idioma.

Valera debió encontrarla en la tertulia de la duquesa de Bivona, cuñada de la Palladi. (1). Lo de "dama griega", podría venir porque la Moldavia, patria de Lucía, perteneció al antiguo imperio Bizantino o por ser muy versada en el griego clásico. Enlazada por su primer matrimonio con un gran linaje rumano, contrajo segunda nupcias con todo un prócer español, don Manuel Antonio de Acuña, décimo marqués de Bedmar. "El matrimonio (cuenta Azaña) no debió de ser muy dichoso, ignoro a punto fijo por qué causas; sean las que fueren, ninguna es admisible que empañe la reputación de la Marquesa, cuya virtud, como va a verse, se aquilató en la prueba de resistir al amor inspirado por Valera".

Parece ser que a Lucía no le gustaba la sociedad madrileña, ni tenía buena opinión de las cosas españolas. Sus estancias en la cortes isabelina son raras y breves. Quizá por ello, sin perder la amistad, sin rompimiento alguno, los marqueses vivían separados: él en Madrid, escenario de sus triunfos de hombre galante; ella en París, en Nápoles o en sus Estados de Moldavia (2).

RESUMEN:

El escritor y editor de Sigüenza José Esteban nos aporta una sugerente investigación histórica y literaria en torno a este curioso personaje del XIX conocida sólo por estar enterrada en la misma capilla del Doncel, de la catedral segontina. Originaria de Moldavia, Lucía Palladi, casada con un noble español (el marqués de Bedmar), mantuvo una extraña relación, idílica o platónica, con Juan Valera, que le dedicó apasionados versos; y, por misteriosas razones, acabó enterrada en dicho panteón.

Valera enamorado

La Marquesa de Bedmar no estaba ya en la primera juventud al encontrarse con el español, ni es fama que hubiese sido bonita. Padece extrañas enfermedades y era notable en el Reino de las Dos Sicilias por su extremada palidez. En cambio gozaba de excelente salud mental, y su conversación, brillante y aguda, cautivó a Valera, que le dedicó una pasión romántica, y la convirtió, para asombro de medio Nápoles, en todo un ídolo. No es que la Marquesa no lo amase, pero siempre supo contenerlo en los límites de lo idílico, lo que trajo consigo disgustos y enfados del joven amador. Su propia madre, la también marquesa de la Paniega (3), le advertía de la fugacidad de tan recio amor. “Siento –le escribía– padeczas la enfermedad del amor; de ésta no se escapa nadie en la juventud, como el sarampión en la infancia; lo bueno que tiene que no se repite, aunque se parezca que se repite alguna vez”. Otro correspondiente de Valera, su amigo Gabriel Enríquez, le advierte al verle tan enamorado; pero Valera le recrimina su falta de tacto y el correspondiente pide disculpas por su atrevimiento: “Siento haberte hablado de un modo poco respetuoso de la dama en cuestión en mi pasada carta, pero nunca me figuré que estuvieras enamorado de aquélla”. Por ello, cuando “la Muerta”, desde Eaux-Bonnes, donde iba a tomar las aguas, le reprocha a su amigo una tibieza aparente, Enríquez le sabía “transido de dolor por la marcha de la incomparable griega” y añade: “Me carga sobremanera que un muchacho lleno de tan buenas prendas como tú, diga que hará cuantas tonterías sean del gusto de una individua o puedan satisfacer la vanidad de ésta”.

El citado Gabriel Enríquez, malagueño, compañero de Valera en la Universidad, recibió unos amorosos versos, sin saber a quién iban dedicados y sin sospechar ser inspirados por “la Muerta”, que estimó como delicados:

*De tu misma hermosura te enamora,
que aquí en el alma retratada llevo.*

De los amores, no correspondidos y correspondidos, según se mire, de Lucía Palladi a Valera, quedaron dos literarias muestras (4): una silva y un soneto, estimados por Menéndez Pelayo “entre las más bellas de su autor” y en las que expone “por modo poético su concepción del amor y de la hermosura, idéntica en el fondo a la de la escuela platónica”. (5).

Según Azaña, estudioso de Valera, “en la silva, el poeta recuerda cómo al sentir, muy joven todavía, el primer amor, brotaron en su corazón alas de luz. Su alma, enamorada del amor, buscaba un objeto condigno, y no hallándolo, prestaba sentimiento y ternura.

A las flores, al aura, a las estrellas.

De esta contemplación vaga le libra el encuentro con una mujer, que incorpora las gracias y perfecciones de la maga de sus sueños:

*Al fin la llama rutilante y bella,
de tus divinos ojos desprendida
hirió del alma la tiniebla oscura,
y bendije, al mirarla, mi destino,
y pensé que la luz de tu hermosura
me mostraba el camino
del cielo que soñé.*

El poeta es prisionero del gran espíritu de su amada y pondera, más que su belleza, su entendimiento:

*Tus sienes circundó la inteligencia
de resplandor; pusieron los amores
en tus labios esencia
y fresca miel de delicadas flores;
la rara discreción puso en tu boca
alto discurso y el amor su acento;
éste sueños dulcísimos evoca,
aquél eleva al cielo el pensamiento.*

La mujer amada ilumina y enriquece el alma del poeta y aumenta su valor poniéndola a la altura de su deseo. Así engalanada, el alma se atreve a imaginar que merece correspondencia:

*Ámame; a suplicártelo me atrevo;
si no es digno de tanto quien te adora,
de tu misma hermosura te enamora,
que aquí en el alma retratada llevo.*

El rigor de “la Muerta”, causado de desengaños, si entristece al amante, le infunde también alguna lástima por aquella mujer, que voluntariamente se condena a la desdicha:

*Por el camino de la vida, errante
tu también como yo, gustaste el fruto
del desengaño amargo.
Grave dolor tu espíritu anhelante
postró por fin, y le vistió de luto,
y al débil corazón hundió en letargo.
Débil el corazón de las mujeres
es al dolor; anhela su reposo
guardar el tuyo, y creo
que más infeliz eres
con tu sosiego fúnebre y odioso
que yo en la agitación de mi deseo.*

El tema del soneto *A Lucía*, es el mismo, el desconocimiento del amor, que:

*guerra impía
mueve en mi daño, y flechas que me lanza
hacen mi pobre corazón pedazos.*

Hasta aquí las anotaciones de Azaña. (6)

Que Valera amó apasionadamente a la Marquesa de Bedmar, que reposa en la Capilla de la catedral seguntina al lado del Doncel, está fuera de toda duda. Que este apasionado y platónico amor le estimulaba al trabajo nos lo ha contado el propio autor:

“Dice usted que cuando estoy enamorado no me ocupo de nada; pero no tiene usted razón” –escribía a su padre, ya desde Madrid-. En Nápoles no he escrito por otros mil motivos que ahora conozco lo vanos que eran; pero lo poco o mucho que allí he trabajado ha sido por amor. He compuesto algunos versos a la señora y he estudiado griego por ella, y esto tengo que agradecerle”.

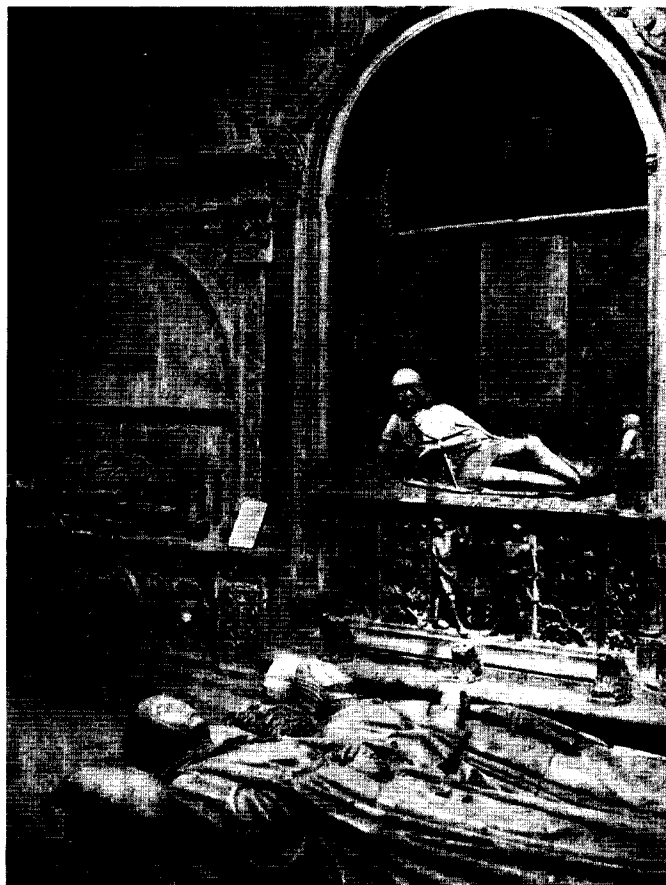
“La Muerta” –cuenta Azaña, el mejor conocedor de Valera– “le conocía a fondo, y no dejaba nunca, presente o ausente, de adoctrinarle con sesudos consejos. Le infundía confianza en su talento, le prevenía contra la desidia. “Rendez-moi compte de vos occupations, j’espère que vous ne vous laisserez par aller à la fainéantise et que vous travaillerez, profitez de calme dont vous jouissez à Nápoles pour faire quelque chose”. (7).

Los elogios de “la Muerta” lo llenaban de alegría. En la correspondencia que sostuvieron, restituido Valera a España, y

aun después, él no dejaba de acotar, trasladándose a su padre, los felices pronósticos de la Marquesa. Con todo, su borrascoso amor insatisfecho le indujo, ayudado de otras razones a marcharse de Nápoles. Su relación con “la Muerta” sólo fue dulce, tranquila, en los recuerdos. Contra el parecer de la Marquesa, la huella de la pasión en el ánimo de Valera duró, es claro, menos que la del rayo, pero duró; cuatro años después escribía: “la persona que yo más he querido en el mundo”, refiriéndose a la enterrada en Sigüenza. Rara vez se vieron; la última el año 1857, en París. La triste Lucía estaba tal, que los jirones de la quimera de don Juan se desvanecieron”. (8).

Olvidada por Valera, desconocemos los últimos años de la vida de Lucía Palladi. ¿Dónde murió? ¿Cuándo fue enterrada al lado del Doncel, conocida como capilla de San Juan y Santa Catalina? Lo desconocemos. Pero es curioso que el gran historiador de nuestra catedral Manuel Pérez Villamil (9) no dice nada de tan curioso personaje al describir con pelos y señales sus enterramientos. El libro, ya todo un clásico, está fechado en 1899, y, sin embargo, nos aporta un significativo dato. “Hoy posee el patronato de los Arces la familia del marqués de Bedmar, y aunque conserva los cuatro capellanes y entierra en ella sus muertos...”. Aquí radica la explicación definitiva de por qué tan apasionante personaje fue a morar para siempre junto al Doncel y en la catedral de Sigüenza.

Soy consciente que quedan aún muchos datos, mucha historia por escribir acerca de este curioso personaje y de este no menos curioso enterramiento. Pero algo es algo. Quede ahí como una propuesta para futuros investigadores. ■



NOTAS

¹ El título de marqués de Bedmar pertenecía al linaje de La Cueva. El primer marqués don Alonso de la Cueva y Benavides, fue embajador de Felipe III en Venecia. El décimo marqués de Bedmar, don Manuel Antonio de Acuña y Dewite La Cueva y Benavides, grande de España, gentilhombre de Cámara de S.M. la reina, diputado a Cortes, comandante de escuadrón del regimiento de Lanceros del Rey en la isla de Cuba, nació el 22 de mayo de 1821. En 1842 casó en París con doña Lucía Palladi y Callimachi, princesa viuda de Cantacuzeno, hija de Hemán Constantino Palladi y Calimachi. De este enlace nació en Viena, el año 1843, un hijo.

² El marqués descollaba en la corte madrileña por su apostura y gallardía y gozaba así de los favores y la confianza de Isabel II. Por tramar una intriga, nunca puesta en claro, contra Narváez fue despedido de Palacio y extrañado del reino.

³ Doña Dolores Alcalá Galiano, fue marquesa de la Paniega y sobrina del gran tribuna liberal don Antonio Alcalá Galiano. El título no lo heredó Valera porque su madre había tenido un hijo de su primer matrimonio con el brigadier suizo Don José Freuller. La prole del matrimonio Valera-Alcalá Galiano se completó con dos hijas; Ramona, marquesa de Caicedo, y Sofía, duquesa de Malakof, y la favorita de Don Juan.

⁴ Incluidos en *Poesías* (1858) con el título de *Canciones*. En la edición de 1886 (*Poemas, romances y canciones*) y en la reimpresión de *Obras completas* se titula “A Lucía”. En el tomo de XII de sus *Obras escogidas*, publicadas por Biblioteca Nueva en 1928, aparecen también como “A Lucía”.

⁵ “El platonismo erótico es el alma de los versos amorios del señor Valera, especialmente de estas canciones “A Lucía”, compuestos en Nápoles bajo la influencia evidente de los grandes maestros italianos. El soneto *Del tierno pecho aquel amor nacido* no disonaría entre los mejores del *Cancionero* de Petrarca...”. Nota de Menéndez Pelayo al tomo XII de sus *Poesías escogidas*.

⁶ *Estudios sobre Don Juan Valera*, de Manuel Azaña, páginas 955-962, del primer tomo de sus *Obras completas*, México, 1966, recogidas y publicadas por Juan Marichal.

⁷ La marquesa de Bedmar a Valera, Eaux-Bonnes, 20 de junio de 1849.

⁸ Azaña, obra citada.

⁹ Manuel Pérez-Villamil, *La catedral de Sigüenza*, Madrid, 1899. Reimpresión en “El Museo Universal”, Madrid, 1984.